

No. 79

EDICIONES DE
UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
BOLIVARIANA

OLGA ELENA MATTEI

CUADERNILLO DE POESIA COLOMBIANA

PRESENTACION

Por René Uribe Ferrer

La poesía de Olga Elena Mattei de Arosemena puede no estar escrita según las modas de hoy. Tampoco está pasada de moda. Porque Olga Elena no se ha preocupado de seguir moldes ni corrientes literarias, lo que, por otra parte, sería completamente lícito. Ella no ha hecho otra cosa que entregarnos, a través de sus versos, el contenido de su corazón. Contenido simple, elemental, como el agua, y el aire, y el fuego, y la tierra. Y, como los elementos, pleno de riqueza, de variedad, de significaciones para los lectores de más diverso gusto.

Qué vida interior tan honda, tan intensa, la de esta mujer, cuya juventud apenas comienza. Y es una hondura sin complicaciones artificiales. Sin infiltraciones eruditas. Algunos de los temas eternos de toda poesía: el amor al hombre, el amor al hijo, el amor a los que sufren, el dolor que impregna toda vida, se entrelazan para formar los hilos de esta poesía fascinante y cautivadora. Si queremos dejarnos llevar de la sempiterna manía clasificadora, podríamos reducir a dos grupos sus composiciones: aquellas que giran al rededor de su vida íntima, y las que reflejan el ámbito social.

El tono de las primeras es absolutamente personal. En vano buscaríamos aquí la pauta trazada por algunas de las más grandes poetisas de nuestra lengua en el presente siglo. Olga Elena sólo ha querido entregarnos su alma. El júbilo de la esposa que ama y se sabe amada. El ansia de perpetuarse en el hijo y el temor a la muerte que la fecundidad puede recatar. La visión trágica y sublime del universo del niño sordomudo. Las zozobras por la ausencia del esposo. Las pequeñas desolaciones y las pequeñas e insuperables alegrías que constituyen la vida de una pareja cuando el amor auténtico —de todo el cuerpo y de toda el alma, lleno de sentimiento humano y sobrenaturalizado por la gracia— la orienta y satura.

El otro grupo de sus poesías es el de tema social. Aquí también Olga Elena es fiel reflejo de su época. Nunca como hoy el arte ha recogido y reflejado el sufrimiento del hombre, de todos los hombres. La protesta contra la injusticia. El sentido cristiano del amor universal, aunque, a veces se oculte bajo opuestas ideologías. Nuestra escritora, corazón de mujer, de madre y de cristiana, no podía permanecer indiferente al dolor de los demás, al torturante sufrimiento de los niños inocentes, a la vida oscura de los

sacrificados por la aberración económica. Y ha elaborado estos temas estéticamente, bellamente. Pero también con perfecta originalidad personal. A pesar de la pléthora de poetas y de simplés versificadores y prosificadores que estos años han producido, con motivo o con pretexto del tema social, los versos de Olga Elena, en este campo, no se parecen a los de nadie. Porque ha recreado sus temas con su delicadeza e intimidad de mujer. De mujer que no siente desvíos de simulación varonil ni excesos de exhibición sensiblera. Recato y franqueza, juntamente, son las notas de su feminidad. Y de toda poesía femenina suprema. Sinceridad humilde, lograda con plenitud.

La forma de su canto es de una sencillez poco común en nuestra lengua, tan propensa, tan bellamente propensa a la amplificación y a la riqueza verbal. Construye ritmos sabios y perfectos, pero no se solaza en ellos, y muchas veces los rompe para destacar más, sobre la simplicidad de la forma, la riqueza del contenido sentimental. Por eso mismo es a veces voluntariamente prosaica: con un prosaísmo que se carga de poesía esencial. Y su rima es igualmente elemental; asonante, limitada, silenciosa, pero nunca pobre. En ella los elementos externos de la poesía no son sino el velo transparente, que no tiene otro fin que permitirnos ver la vida que tras él palpita.

Así es también su imaginería verbal y conceptual. Sus metáforas y figuras son de una sencillez temática, que contrasta admirablemente con el atrevimiento de sus significaciones.

Nada encontramos en su poesía de rebuscado, ni en las palabras ni en los objetos que representan. Pero qué riqueza imaginífica. Qué logros tan difícilmente superables.

A sus amigos, a algunos de sus amigos, podrá no gustarnos la posición negativa de Olga Elena frente a otras formas de construir poesía. Ella considera dignos de condenación los ritmos suntuosos y la rigidez formal. Mientras otros seguimos considerando que en escuelas literarias y artísticas no cabe, como en las ciencias exactas, exclusión. Que a la belleza se llega por los caminos más opuestos. Y que esta variedad de tendencias es una de las ventajas y una de las fascinaciones del arte. Pero esto es una observación a la manera de juzgar que nuestra amiga tiene. No a su manera de escribir, que es la que ahora va a conocer el lector, si todavía no ha sentido el noble placer de la poesía de Olga Elena Mattei. Una de las realidades positivas de la actual lírica colombiana. Y más que realidad una promesa. Porque los versos siguientes son los versos de una joven que, aunque parezca difícil, ha de superarse en el futuro. Que Dios nos la guarde.

JUAN PEDRO

Hermano,
cargabas tus huesos,
con las tejas de barro
para cobijar mi lecho
blando.

¿Cuánto sol absorbía
la química morena de tus brazos?

¿Cuánto viento comías,
cuánto llanto,

y cuál frío tajaba
tus pasos

hacia la luz de la esperanza?

Llegabas por la tarde a tu casa:

“Madre, ¿tienes pan?”

¿Tienes manta?

No te dejaré, Madre, mañana”.

Y era tibia la taza para tu alimento de humo
bajo la madrugada.

La camisa lavada por sus manos
era tu ración de cariño cotidiano.

Mírala en el barro,

mírate la mancha de tu muerte

por la frente, por la espalda,

y en la camisa mojada

de cansancio.

Verdugos tus zapatos,

criminales las líneas de tu palma.

Cuchillas los filos de las piedras

que cortaron tu vida de un tajo.

Juan Pedro, hermano y obrero

de mis muros y de mi cemento,

Juan Pedro muriendo

sólo entre los brazos

abiertos

de la torva cañada

Un hilo de vida se te va lavando

por entre los labios.

Tu último aliento se va despeñando.

Agua del torrente,

agua mancillada

con tu larga muerte.

¡Bébetes esas aguas!

¡Trágalas y vierte

de nuevo tu vida en tu propia

garganta!

Lávate los dedos, para que tu alma

penetre por ellos a todo tu cuerpo.

Mira la camisa que ella remendaba.
Remiéndala, madre: se rasgó de muerte.
Cósela a su pecho, lávasela puesta,
para que reciba sin falta tu esmero,
y se sienta limpio para ir a su entierro.

PALABRAS PARA UN NIÑO SORDOMUDO

Eres
un universo
casi completo.
Todo es tuyo,
porque eres dueño del silencio.
¡Porque en tu cuerpo mudo
se trizan
los mundos ajenos!
Vives el infinito
porque no te limitas
con el ruido.
Vives en lo eterno.
La música que piensas es incienso,
las palabras ajenas
son solamente besos.
Tu llanto es agua sin esfuerzo
en la garganta.
Para tus manos casi mágicas,
se convirtió el sonido en vibraciones
secretas
como tus oraciones
más sagradas.
Tú puedes escuchar todo el concierto
de los planetas,
y el sonido armonioso
de todas las estrellas.
No te llores dolor,
y no estés triste
porque toda canción
y toda voz de hombre es tan amarga
que serás más feliz sin escucharla
y quizás Dios te hable
directamente al alma
porque tienes la gracia
del silencio
en tus entrañas.

PALABRAS

Hubo palabras de verde entre mi infancia
que velaban de frente a la esperanza
para llevarme de la mano:
viernes, hacia el domingo;
domingos transparentes
y lunes amarillos.
Hubo palabras de colores precisos;
como piano,
y mesa y soledad;
como distancia, con sus letras
color de pétalo caído.
Palabras que casi se comían,
como almíbar,
hecha de hilos amarillos;
como leche, que se diluía entre los dientes.
Todavía,
mis palabras son redondas,
como grandes corolas en los labios,
o delgadas, como saetas enclavadas
en las manos.
Vienes a preguntarme por el color
de algunas.
Pregúntame por lucha, por cansancio,
por tortura.
Porque olvidé todas las voces
y todos los colores
con que se evocan fiestas,
y no tengo sabores en la lengua.
Para la palabra rostro,
una imagen está cerca a mis ojos.
Para pensar en hombro, reclino mi cabeza;
cuando mencionan las calles,
tú vienes a encontrarme;
si hace frío, te has ido
y si ladran los perros en la noche
tú los oyes conmigo.
Las ventanas, las puertas, la voz baja,
la palabra "vida", la palabra "palabra".
Todo lo que tenía color entre los labios,
y todo pensamiento, y todo canto,
lo llevo ahora entre las manos,
para que no se torne en niebla.
(Aunque tenga que ahogarme con los dedos
para nombrar tus ojos
sin que caigan esmeraldas hasta el suelo).
Pero hay una palabra que conserva

toda su forma fresca,
su acecho, su insomne vigilancia,
su vibración de bronce en la campana.
Ya no puedo pronunciarla.
Te la entrego...
con la grave esperanza
de que sabrás guardarla
como una llave de regreso.

TE ESPERO

Te espero
en la última hora de la tarde
con el deseo de dejarte
destrenzar mis cabellos en el aire.
Y te quiero
con mi último amor entretejido
en la sombra del sauce.
Esta es la hora azul
de mi ventana,
y aquella es la campana
de mis tardes.
Todavía
puedo cantar tu lejanía
con la misma ansiedad
de aquellos días disueltos en la **infancia**.
Todos mis días fueron
como murciélagos
ciegos;
fueron como voces
gritadas en el agua;
lo mismo que canciones
no escuchadas.
Pero ahora,
lejos de tu mirada,
comprendo tanta luz que me cegaba.
Y en esta hora azul,
la de mi llama renovada,
puedo decirte que te espero
con aquella canción interminada.

HE INAUGURADO UNA TRISTEZA

Celebrad una fiesta:
he inaugurado hoy
una tristeza nueva.
Celebrad una fiesta:
¡vosotros que gozáis
con la desdicha ajena!
Soy de ajeno y ceniza:
un ser humano triste
por dentro de mi vida...
Celebrad un convite:
yo brindo mi bebida
desazonada y simple.
Disfrutad mi dolor.
Celebrad una fiesta:
he inaugurado hoy
una tristeza nueva...

YA NO SERAS DE PIEL

Hoy no diré recuerdos;
dejaré que mis ojos
perforen hacia adentro
las imágenes tuyas sobre el tiempo.
Serás la levadura, el alimento,
el agua virgen en los labios,
la oración desprendida de las manos.
Desde tu sangre verdadera,
tienes un grave tránsito
hacia el sueño.
Ya no serás de piel,
ya no serás de ojos y de manos.
Has viajado
al meridiano sin regreso
del pasado.
Pero yo estoy contigo,
de vuelta a mi espejismo,
en mi propio desierto calcinado:
resurrección de la piedra,
deteniendo tu presencia entre mi llanto.

AMOR Y VACIO

Estoy en la cumbre de este monte,
la vida está lejos de mi vida;
yo misma soy el horizonte.
Enmudezco.
Toda mi voz murió ante tu presencia.
No tengo movimiento,
soy como una cadena de silencio.
Esta embriaguez de altura
que podría ser perfecta,
y darme la plenitud
de ser eterna,
ha sido destruída entre mis mundos
por esta soledad inseparable
que nos deja desnudos,
por esta soledad que es siempre *mía*
pero nace de tí.
Me convertí en amor únicamente.
He llegado a la cumbre:
nos hay más alrededor,
sino el espacio
de los brazos,
y debajo,
sólo un punto en la greda
para apoyar mi pie cansado,
para erguirme temblando
sobre este frío del nevado.
Vine desde la tierra;
sólo estaba buscando
tu amor desorbitado...
pero después de la cumbre
descenderé otra vez hasta la huella
donde Dios me ha sembrado.
Yo quería
permanecer arriba,
respirando tu frío
y tu tristeza.
Imaginar que fuera
como una roca en esta cima,
como un águila,
como un rayo de luz,
como un planeta en la noche *más lejana*,
como viento en la atmósfera,
o un ángel en la nada.
Pero fui un ser humano
con todas las angustias
en la frente,

con todos los sabores
amargos
en los labios,
con casi nada entre las manos.
Desde esta cumbre frente a tí,
sólo me queda
regresar
caminando,
con mi paso de lágrimas desiertas,
o descender como un trueno de piedra
contra mi propio peso destrozada.

SOLEDAD OTRA VEZ

Aquí estoy otra vez,
oh soledad de mi camino claro.
¡No te fuiste de mi,
sólo he soñado!
Pesadillas de nieve me azotaron
y un fantasma a mi lado
me ocultó tu silencio.
Aquí estoy todavía: soy la misma.
Perdóname
por haberte olvidado.
Me hablarás nuevamente,
y seremos amigas.
No lloraré,
porque he aprendido
que tú eres la única fiel,
la única mía,
la únicamente verdadera,
la verdadera compañía.
No me abandones cuando muera
y acompaña
mi canción solitaria.
Soledad,
soledad de mi ser,
mi vieja soledad cansada.

ESTRECHO SURCO

Te sigues yendo a cada instante,
en cada nuevo vuelo,
en cada nueva gota de mi sangre.
Y te vas porque es estrecho
mi surco para tanta semilla,
porque mi tierra es ácida,
porque mi abono es de silencio
y de agua salada;
porque crezco
como una penca amarga
llena de espinas y de savia
por no morir en el desierto.
Permanece en la nieve.
Sigüete yendo.
Yo no lo quiero,
pero vete
para que cumplas el designio
de mi dolor.

ULTIMA CANCION DE SOLEDAD

Esta es la última canción de soledad infinita.
La levanto aquí ahora,
para tus manos tuyas,
para tus ojos,
para tu frente frente a mí,
y tu único encierro.
No viene tu camino hacia mí,
y no me buscas,
y te espero.
Estás
en lo que quiero
alcanzar y alcanzar.
Vengo hasta ti,
pero estabas atrás.
Y yo, quien cantaba
mi soledad de cuatro rutas,
ahora lloro,
porque ya todo es final
menos mi soledad
que es infinita y circular:
para que mi canto que termina
pueda volver a comenzar.

VIOLENCIA

Corteza de naranja,
paz de sol en la mañana,
voz del agua;
concreción de esmeralda.
Meditación de la espiga
en la esperanza.
Toda la voz de los poetas
se desgrana
con las mismas palabras,
porque es buena la cosecha,
porque la tierra es mansa,
porque la torre nos regala
con la oración de su campana.
¿Por qué alzar el brazo y la bandera
gritando una amenaza
sobre el curvado vientre de la esfera
y en el regazo blanco de la patria?
¿Para qué llorar con las palabras
y vociferar cosas malvadas?
¡Decir hierro, bala,
fusil, cadáver, arena ensangrentada.
Sangre y olor de habitación quemada,
botas, piedra, traición, y represalia...
maldición y mentira y enemigo,
viuda, odio,
fuego y asesino!
¿Para qué? ¿Por qué Dios mío?
¿Qué pasa sobre el mundo
que en todas las gargantas
hay solamente nudos,
y gritos en las almas?
Fuimos todos hermanos
en la fiesta del agua,
y todos alcanzamos la palabra
de sangre redimida
en la esperanza;
todos escuchamos tu tabla
de mandatos;
y ahora,
¿hacia qué lugar llevamos
nuestra raza?

CASA QUE VAS NACIENDO

Casa que vas naciendo entre los helechos
como una mata de adormidera,
cerrando los brazos
y las hojas
para que mis flores duerman.
Vas anidando en la hierba
como una gota de rocío, inmensa.
Te voy sembrando entre la tierra
para que conozcas su tibieza,
para que muerdas su riqueza,
y luego me sepas
a semilla, a trigo, a pan,
a vino y a molienda.
Pobre es tu arcilla,
como la carne de mis manos
de barro.
Beberás agua silvestre
para la sed polvorienta
del cemento y el cascajo.
Tus vasos de cristal
serán aquellos tarros
y aquellos galones redondos,
oxidados.
Pero bendice silenciosa
las manos y los brazos
color de sol tostado,
que te van levantando con caricias
pedazo por pedazo.
Son como míos:
me he convertido
en treinta obreros vigorosos
para formarte sin descanso.
Cada mañana es dulce
porque tus piedras rumorosas
nos están esperando.
Un humo vaporoso como un salmo
se levanta y se lava la cara
en un espejo quebrado
sobre los humildes leños
del chocolate obrero.
Quisiéramos yo y tú, mi casa,
brindarles diariamente
un alimento noble
y una ración abierta de esperanza.
Un salario sin tasa
para que llenáramos el mundo
con tus tejas hermanas.

Haríamos casas y más casas,
y los techos crecerían
como árboles rastreros
por las tibias rodillas
de todas las montañas.
Con mis monedas generosas
llenaríamos de arados
los brazos de la tierra;
por semillas,
sembraríamos piedras,
y la cosecha nos daría
no solamente su harina
pero también su vivienda.
Y estos obreros de mis hombros
con quienes te acaricio
desnuda bajo el sol de mi verano,
hallarían al final de sus esfuerzos
un noble templo
para su cansancio,
un tibio abrigo en el invierno
de sus años.

Casa mía de mi barro,
sé blanda entre sus manos,
sonríe por tus puertas,
alegra sus canciones de soldado.
Pero llora conmigo
tus lágrimas de lluvia,
el día en que te zanjen
quince vidrios,
el día en que te claven en el **pecho**
tus siete cerraduras.
Nos quedaremos solas,
y tus obreros, en silencio,
regresarán a su oración sin techo,
sin que hayamos podido
pagarles con tu sombra
su trabajo de hierro!

INSACIADA

Pienso que las fresas son dulces.
Las deseo.
Pero siempre son ácidas,
y su color nunca me sabe a nada.
Comeré más, y más, para lograr gustarlas:
tengo que encontrarles en la lengua
ese sabor rojo que me llena
los ojos de promesas.

SALMOS DE LA RECIEN DESPOSADA

I - El Comienzo

Ví tus manos fuertes
temblando como mieses.
Tus ojos me amaban.
Tus palabras me ataron
y mis lágrimas
eran la voz de mis palabras.

II - La Promesa

Quisiste desposarme.
Me he llegado a tu casa para amarte.
Me amarás como te amo.
Me harás madre,
y seremos como niños de nuevo,
por su carne,
por su continuación del amor nuestro.

III - El Beso

Mis labios están frescos,
pero los tuyos queman mi penumbra en acecho.
Parece que tu boca son tus dedos.
Tus manos comienzan
a crecer en mi pelo.

IV - El Amor

Escucho por mis ojos
tu silencio.
Buscas entre mis labios mi deseo,
aspiras el milagro
de transformarme en ti
por un momento..
Estoy transfigurada,
como si la materia
se escapara de mi cuerpo.
Respiro un ácido que embriaga
mi trance con tu aliento.
Y recibí tu fuego,
la fuerza de tu sangre,
el viaje de tu ancestro,
la vibración de tu pulso frenético
en mi pecho
y en mis nervios.

V - La Entrega

Se confundió mi cuerpo
con tu vida y con tu herencia.

Ya no estoy incompleta.
Ya no soy de mí misma,
pero estoy poseída y te poseo
como si fuéramos
un solo pensamiento.

VI - La Paz

Una dulzura sin forma
toma la forma de mis hombros,
y la ternura se asoma por mis manos
a tus ojos.
Tengo en los dedos el molde de tu rostro,
tienes los labios saciados,
tienes los brazos ungidos
por mis besos.
Descansa entre mi cuello.
Me he convertido en tu lecho
y quiero dormir tu propio sueño.

VII - El Día Nuevo

Amado,
los días venideros
están justificados
desde que tú me los regalas
cada mañana, sin desvelos.
Todo es amable ahora,
y es más bello:
el ámbito celeste es más abierto,
la tierra es más alegre,
las gentes son hermanas
de nuestro amor de incienso.

VIII - El Baño

Huelo a tibieza y a blandura
cuando el agua desnuda
me ciñe las caderas
y muerde mi cintura.
Pienso en tu amor, amado,
y estoy aún temblando
porque parezco un ánfora
para la cuenca de tu mano.

IX - El tiempo

Voces amargas dijeron
que el amor no es duradero.
Yo no las he escuchado
porque he tenido en las manos
la estación
de nuestro propio tiempo.

LARGO PLACER AMARTE

Breve placer amarte
y respirar tus besos
hasta lo más profundo: larga flecha
de aliento. Breve placer agudo.
Largo placer amarte de recuerdo.
Prolongado reposo de los ojos
retenerte por dentro,
cristal depositado sobre todo
cuanto contemplo a diario.
De ti las puertas, de ti las escaleras.
Sobre los muros te proyecto,
sombra de tu nada
vaga memoria en movimiento.
Largo placer continuo.
Mudo diálogo interno.
Largo placer amargo mi renuncia.
Muerte viva de tu espejo.
Les diría con gritos
cómo estaba tu frente
bajo la mía cerrada.
Todos tendrían otra frente.
No les dolerá la mía:
Estará sola mi carne lastimada.
Zumos agrios en la boca
segregan su llanto.
Largo placer amargo.

MICROGRAMA

Sigo soñando mi sueño amargo;
sigo pensando en tu amor y el mío;
todo es lo mismo que un río largo...
¡y nadie puede cortar un río!
